

Tres sucesos, nada más....

Por Sebastián SALAZAR BONDY

DE NUEVO los mendigos. Como en esas abigarradas escenas de Dickens que retratan el Londres del XIX, el Londres imperial al que la industria revestía de riqueza y miseria, en Lima de hoy, ni cabeza de imperio, ni tampoco, por cierto, urbe industrial, un caleidoscopio de innumerables grupos —madres con niños pequeños, ancianos baldados, dipsómanos sin rumbo, pequeños y grandes tahures de la calle— desfila ante los ojos de los transeúntes. A la puerta de los restaurantes, de los cines, de las iglesias, de los edificios públicos, los parias extienden la mano en pos de una limosna. Y esa población desocupada y paupérrima, que desciende de los cerros cada día, hiere a unos los ojos y a otros el corazón. He aquí lo que se llama el problema de la mendicidad, porque está muy adentro de la organización social y cualquier vivisección toca, al parecer, centros neurálgicos que algunos —o muchos— prefieren mantener tal como se hallan por interés o conformismo. La municipalidad de Miraflores se ha decidido a afrontar, una vez más, el caso. Un censo previo (¿el otro censo no sirvió para eso también?) de desocupados y vagabundos, un programa de acción, luego (¿prohibiciones inclusive?), y, al fin, un sistemático control (¿policial?), son en síntesis los pasos que se darán a propósito. Uno se pregunta si con esto se llega a la médula de la situación o es, simplemente, un plan de limpieza u ornato. No es cosa, la mendicidad, de manos de pintura más o menos, sino de creación de fuentes de trabajo, con salarios adecuados, seguridad social y justicia sin excepciones. La buena voluntad del alcalde del distrito sureño no parece suficiente, pues el drama es nacional y su extirpación se ha de asumir en esa gran escala que abarca todo el territorio peruano y toda su población.

AL POETA Juan José Lora, fallecido repentinamente la semana pasada, lo conocí hace poco. Era un hombre de corto hablar, pero de hablar dulce, amable, delicado. Recuerdo ahora sus canciones de hospital, en muchos de cuyos lechos pasó horas de dolor y de meditación. Leí su último libro, ya en prensa, que es un retorno a su tierra natal, no como el de Césaire, clamoroso y visionario, sino de afecto filial, colmado de recuerdos de la infancia y la juventud, escrito con ritmos viejos de la lengua y con aires populares del norte peruano. Hombre adolorido, como atravesado por un dardo oscuro y agudo, Lora tenía una profunda melancolía en sus ojos claros. En sus palabras se descubría la herida del desengaño, ese que se proviene de ilusiones y esperanzas frustradas por la realidad pacificante, a la cual el idealista rehuye porque es sucia, sacrifica la verdad y se satisface con un premio sin grandeza. El poeta transcurría por entre la gente como si estuviera entregado a sí mismo —a la imagen del mundo que tuvo en los años bellos— y no le importara ya el fragor de los que van y vienen tras la recompensa. Dejo aquí esta impresión de su persona pues me parece la forma más valiente de su protesta. Y es la mejor que tengo de su pureza interior, de su poesía.

UN COLABORADOR del Primer Ministro Beltrán se manifestó, hace algunos años, en un libro que recogía ensayos y ensayistas contemporáneos del Perú, contra el sistema de la interpelación parlamentaria. El tiempo ha llegado a explicar por qué protestaba aquel periodista de este expediente de control popular a la caprichosa acción de los políticos del Ejecutivo. Ya preveía que su jefe, llegado al poder, no por las vías del sufragio sino por las impuras de la alianza, mal podía soportar que los legisladores, cuyo mandato emana de la ciudadanía, le reprocharan su conducta anti-nacional. Ese colaborador del Primer Ministro Beltrán no fungió, en aquellas páginas, de profeta. Trazó la línea de las conveniencias políticas del grupo al que sirve, nunca elegido en el secreto de las urnas, que es la conciencia pública, ni en la aclamación de las multitudes. La interpelación del miércoles mostró, una vez más, que la oligarquía exportadora detesta el diálogo, tal como antes de que el trance ocurriera lo expresara uno de sus voceros.